

A través de la España eterna.

De Nuestra Señora de Guadalupe a la imperial Toledo

(Especial para esta Revista)

He aprovechado dos días de buen tiempo para dar una vuelta por el campo, en esta Extremadura, que es una de las regiones más escondidas de la Península. Es una especie de cabo del mundo, un país que no conduce a ningún sitio, junto a la frontera portuguesa, y cruzada por el ferrocarril Madrid-Lisboa; comarca casi desconocida de los turistas y, por esta razón máspreciada para los enamorados de las cosas de Iberia. Es España pura. Debo añadir que las carreteras son excelentes y bien conservadas. Há treinta años que mi amigo Luis Bertaux necesitó tres días de mula para ir a Guadalupe. Hoy se va cómodamente desde Madrid, en una mañana.

Guadalupe, nombre que significa río del Lobo, es un célebre convento de las montañas de Extremadura. En la Edad Media la Virgen se apareció allí a un pastor, lo mismo que en Lourdes se mostró a Bernardeta. Está bien que haya pastores para tener visiones celestiales. A fin de conmemorar el milagro, se fundó un monasterio de San Jerónimo, el padre de los anacoretas, y fue también la orden de jerónimos (hoy suprimida) la que encontrábamos en El Escorial y Yuste, el convento que un emperador eligió para morir, hace cuatro siglos. Se construyó una capilla que Zurbarán decoró con famosas pinturas. Barrés, en sus últimos años proyectaba un viaje allí para un estudio que meditaba sobre el pintor objeto de sus supremos ensueños, y en el que veía la esencia del genio español, el Calderón de la pintura. Un pueblo se ha desarrollado alrededor del monasterio. Un convento, una peregrinación, eso es Guadalupe, surgido todo, como la escala de Jacob, de un sueño de un pastor en el desierto.

La carretera corta hacia el sur la plataforma de la meseta madrileña y, a partir de Oropesa, a unos cien kilómetros, es oblicua hacia el sudoeste, siguiendo el valle del Tajo. Se penetra en una llanura de olivos y encinas verdes, una especie de Mitidja como barra de plata o techo centelleante, la cresta horizontal de la sierra de Gredas, con el cerro del Moro Almanzor.

Más lejos se halla el macizo de Extremadura, que separa la cuenca del Tajo de la del Guadiana: sistema de montañas sin edad, torrenteras hundidas cubiertas de retamas, de un aspecto casi bretón como el de las montañas de Arrés.

En fin, el auto, después de una larga ascensión de revueltas, desciende por una serie de bucles, al fondo de una especie de pozo, en que humean los techos, y en que dentro de un vapor azul como el vaho del aliento de animales domésticos, se halla la iglesia. Reina allí la ternura y la confianza.

Si se llega por el valle en vez de bajar desde el monte, el paisaje cambia: el convento parece suspendido del cielo, como una ciudad de Dios, y tiene aspecto de fortaleza. Pero es siempre el rebaño de casas que se agrupan en torno a una protección. Un sentimiento de calor, de dulzura, de abrigo, entre esta naturaleza un poco salvaje, en que ya las palmeras, los cactus, el abandono, la flojedad y la languidez son medio andaluces, en la vertiente de la dicha, en el umbral del jardín de las delicias.

Prescindo de la descripción de la iglesia gótica, de la capilla de Zurbarán, del encantador claustro mudéjar, rodeado de arcadas moriscas, de sus naranjos, de la sala fúnebre con la tumba del hijo de Inés de Castro. Prescindo del museo, del asombroso ropero de casullas y vestiduras eclesiásticas que haría soñar a las mujeres de Barba Azul del vestíbulo lleno de ex-votos, donde las mozas cuelgan sus trenzas, que consagran a la Virgen. Esta es la señora de la mansión, la Reina. Por una magnífica escalera de mármol rosa y cobre macizo, subimos a su *turris eburnea* hasta la claraboya de encima del altar. Nos enseñan su imagen, de rostro aniñado, enmarcado en una áurea herradura que soporta una chapa piramidal y un prodigioso edificio de coronas y círculos de oro. Nos muestran su camarín, una alhaja de tocador de un rococo extrava-

gante, con un juego de cúpulas que semejan alcobas, pinturas, nichos, espejos, sembrado de pajarillos y mariposas como el más florido de los oratorios napolitanos. Por último, admiramos su ropero, su equipo de mantos del color del tiempo, para todas las fiestas del año, sus estuches y sus joyas. La Virgen de Guadalupe es la mejor vestida de las vírgenes españolas.

Se peleó en Guadalupe, al comienzo de la guerra civil. La línea de fuego pasaba por la montaña, a algunos kilómetros. Los milicianos lanzaron sobre el pueblo tres o cuatro centenas de obuses y uno de los artefactos rompió el cristal de una linterna.

El santuario está intacto con su claustro, su naranjal, sus Zurbaranes, su dédalo místico, sus saloncillos de piedad galante en toda su fiesta lírica, como fuente de gracias en ese rincón salvaje de Extremadura.

El tiempo era espléndido. Las campesinas aprovechaban el sol para hacer la colada. La lluvia de las últimas semanas rebrotaba en los manantiales. Por todas partes las lavanderas:

*Arroyo claro, fuente serena,
donde lava el pañuelo la mi morena....*

ANACRONISMO

Algunos cazadores llevando una liebre cogida por sus patas traseras. Algún jinete aislado, en las proximidades de los pueblos, caravanas de viajeros con su sombrero extremeño y sus mujeres a la grupa. Los alcornoques se extendían cual sábana verde, sobre esta tierra pastoral.

Todo era puro, fresco, nuevo, lavado, todo respiraba una paz antigua, una simplicidad primitiva. Las lavanderas, las Rebecas con su cántaro de agua, los pastores, los jinetes sobre asnos o mulos, ¿qué tomaron, qué bebieron para rabiarse no hace mucho? ¿Qué les hicieron para desencadenar esa *jacquerie*? ¿Quién podrá creer que pasó una tempestad, un símun, del que apenas quedan señales en el rostro de este idílico país?

Pernoctamos en Trujillo, en la carretera de Mérida, en un hotel muy bueno.

Trujillo es un montón de guijarros sobre una peña, dominada por un castillo, en medio de una llanura vasta como el mar. Es la tierra de los conquistadores. ¿Cómo estos terrícolas de provincia continental fueron raza de aventureros dispuestos para todos los viajes y azares de la cruzada del Nuevo Mundo?

Comme un vol de gerfaut hors du charnier natal....

Recuerdo los versos de Heredia el autor de *Los conquistadores*, al vagar por las callejuelas con sus palacios de escudos de armas de hidalgos y antiguos dueños del mundo. La losa de Pizarro está ante el altar mayor de una iglesia de granito. Quiso esperar en su parroquia el día del juicio final. Su blasón lo constituyen dos osos abrazando una palmera. Prodigioso tiempo en que un capitán con un puñado de hombres agrandara el mundo, milagro que no hubiérase imaginado César. Hoy, un nuevo soñador en su pico de Obersalzberg, reflexiona en los medios de recomenzar el imperio universal quinientos años después de su hora....

Vuelvo por Toledo. Un lado del triángulo de la típica plaza de Zocodover, está derruido. Entre los muros que formaban en otro tiempo la *posada de la Sangre* queda, de milagro, su áureo as de espadas.

El hospital de San Marcos, cofre cincelado, no ha recibido sino algún ligero descalabro en su vestido pétreo de tonos marfil. A dos pasos de allí, en su colina, el Alcázar no es más que un montón de escombros. Los garabatos del lado del cuadrilátero hundido, obstruyen la portada donde el claveteado de la madera de la puerta emerge entre los hierros, el maderaje y el polvo. Los pabellones de las cuatro torres, penachos de la ciudadela, yacen con su armazón metálica que parece las varillas de un paraguas, puesto del revés. Si se trepa, se apercibe, como desde el borde de un cráter, los restos de un patio y el Carlos V de bronce (copia del del Museo del Prado), caído de su pedestal, como estatuta del comendador, como un aparecido.

Fueron seis semanas de furiosa batalla. Se piensa con estupefacción en este sitio memorable. El resultado de la ex-



plosión hace aparecer la fortaleza medieval vestida en el siglo XVI con el ropaje del Renacimiento. La torre del Homenaje ha resistido mejor que las reconstrucciones modernas. No se sabe si se reconstruirá o no. El alcanzar ardió cuatro o cinco veces, así, que no sería la primera restauración. Estábamos acostumbrados a la masa que formaba en la decoración. Para nosotros los viejos, la forma ausente ha dejado como una llaga, un vacío. Hoy es un esqueleto. Ha muerto de muerte bella, la del soldado. En Francia no se ha reconstruido el *donjon* de Coucy. En España es el espectro de un héroe. ¡No lo convirtáis en un espectro de paja! ¿Qué restauración podría valer en el perfil de Toledo, lo que esta brecha, esta cicatriz gloriosa?

Desde el balcón de la Virgen del Valle, al otro lado del Tajo, he dicho adiós a la imperial Toledo, la ciudad maravillosa, que parece salida de un relicario. El río, engrosado por las lluvias, mugía en el abismo. En la roca, la ciudad perfilaba su cimera, y sus casitas se desparramaban como las perlas de un cofre, y se alzaba refulgente la flecha de la catedral. Es la misma silueta, la de siempre, con sus arabescos singulares, dramática y voluptuosa, la misma línea expresiva, quebrada cual árabiga centinela. Canto del corazón que no cesa de dejarse oír desde el fondo del pasado, en la lontananza de mi juventud. Vuelvo a ver la ciudad herida, pero más hermosa que nunca en su actitud de Dolorosa. Era la Toledo de siempre, centinela en su promontorio, en su misión eterna, con su dios como reliquia guardada por Durandal.

Toledo, milagro de España, de las Españas...

LUIS GILLET.

Toledo, Fin de marzo de 1940.